

la española del siglo XVIII en las “cartas marruecas” de Cadalso

GUIDO DONOSO NUÑEZ

En el menguado campo de las letras españolas del siglo XVIII —que tan claro contraste manifiesta con el esplendor literario de la centuria precedente— ocupa, ciertamente, un lugar significativo la obra de José Cadalso (1741-1782) y, en ella una posición eminentemente sus notables “Cartas Marruecas”.

Publicadas en 1768, suscitaron de inmediato el interés del público lector que vio en ellas un estudio crítico del carácter nacional y las costumbres vernáculas, severo en ocasiones, pero, en todo caso, constructivo, ponderado, inteligente y perspicaz en sus planteamientos generales. No obstante, pasado el primer entusiasmo, la actitud de los conocedores y admiradores de las “Cartas” se hizo más cautelosa, reticente, y no faltaron, incluso, voces condenatorias. Posiblemente debe haber contribuido a ello las sátiras de Cadalso a la nobleza, en un momento en que esta clase sufría duros golpes allende los Pirineos por efecto de la Revolución. El hecho es que no hubo edición alguna en España entre los años 1824 y 1850, ni a partir de este año, hasta 1885. Fue únicamente a comienzos del siglo XX, cuando empezó a renovarse poco a poco el interés por esta obra y su autor. Así, Azorín —con su egregia autoridad— pudo escribir: “Es Cadalso uno de los más simpáticos ingenios del siglo XVIII; resúmese en su obra —acaso mejor que en otra alguna— todo el espíritu de aquella centuria”.¹

¹Azorín: “Lecturas Españolas”, Madrid, 1920.

Al referirse el insigne maestro español contemporáneo al espíritu de aquella época, alude indudablemente, sin mencionarla, a la Ilustración, ese vasto movimiento cultural europeo del XVIII que podría sintetizarse —evitando toda definición exhaustiva— en las siguientes tendencias fundamentales: afán de crítica proyectado a todos los aspectos de la vida social, las instituciones políticas, la cultura, la economía, la religión; superación del espíritu de sistema del racionalismo poscartesiano, con la consiguiente exaltación del saber experimental y matemático; confianza en la razón; adhesión optimista a la idea del progreso. Cadalso vivió inmerso en ese clima intelectual, y no podía, naturalmente, escapar a su influjo.

No obstante, como veremos más adelante, sólo con reservas es posible ubicar al autor de las “Cartas Marruecas” en la corriente de pensamiento ilustrado, ya que su posición ideológica no se encuadra estrictamente en el marco conceptual de dicho movimiento.

El siglo XVIII es, igualmente, la centuria del Despotismo Ilustrado, derivación lógica de la citada postura intelectual. Define, substancialmente, tal tendencia la concentración del poder público en manos del monarca, la centralización racional de la administración, el desarrollo de una burocracia omnipotente, y la compenetración de reyes y ministros con el nuevo espíritu de la época. Los monarcas ilustrados —un Carlos III de España, por ejemplo— debían consagrarse a sus facultades, su talento y su tiempo, al bienestar de su pueblo; subordinar su acción política al fin supremo de la felicidad de sus súbditos. Todos ellos —señaladamente José II de Austria y Federico el Grande de Prusia— creyeron que se podía alcanzar dicha felicidad —palabra y anhelo casi obsesivo del siglo— por medio de la realización de los ideales de la Ilustración. De allí que su política interna y externa persiguiera como fin tanto el incremento del poder del Estado, como el mejoramiento del bienestar material y moral de los ciudadanos. Material, mediante el fomento de las actividades económicas, la construcción de obras públicas, la colonización de las regiones despobladas; moral, a través del desarrollo de la instrucción pública y el estímulo a las artes, las ciencias y las letras.

La décimo octava centuria es, por otro lado, —en lo que a España respecta— la época de su agotamiento y decadencia; salvo el repunte, relativo por lo demás, del progresista gobierno de Carlos III, durante cuyo reinado vivió Cadalso. Tal postración material y cultural era, simplemente, prolongación de aquella

que en forma tan dramática se había abatido sobre España en el siglo precedente. El país había perdido irremediablemente su primacía europea, y su sital rezagado frente a las grandes naciones de occidente en el XVIII, era tan notorio como sorprendente y desconsolador para la minoría intelectual coetánea.

Y ya que procuramos —aunque muy someramente— bosquejar el clima espiritual de la España dieciochesca, convendría considerar al respecto los polémicos conceptos expuestos por Jean Sarrailh en su conocida obra “La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII”, sin que ello signifique adhesión nuestra a los referidos postulados. Para Sarrailh, dos grupos de desigual importancia van a enfrentarse en la España del siglo XVIII. “Reducido el uno, pero animado de una firme confianza y de un ardor generoso en su misión de apostolado y de educación; el otro, inmerso, petrificado en su rutina y en su indiferencia hacia las cosas del espíritu”². En estos términos caracteriza a dichos grupos el autor citado.

Elite y masa —en la forma definida por Sarrailh— no coinciden con las clases alta o baja como pudiera imaginarse a primera vista; miembros de los altos estamentos o de la intelectualidad pueden ser masa, por su rutina y tradicionalismo; en tanto que artesanos inteligentes o campesinos innovadores, pueden ser considerados, con justo título, como integrantes de la élite, precisamente por su espíritu reformador.

“En un lado, pues —resume el historiador francés— a los que quieren arrancar al hombre de la indigencia material e intelectual, restituyéndole así el sentido de su dignidad, y que al propio tiempo desean devolver a su país la prosperidad económica y la grandeza espiritual que conoció en el Siglo de Oro... Y he aquí, por otro lado, a los hombres satisfechos con la tradición, con la autoridad, con las opiniones consagradas, que desconfían del sentido crítico y que se niegan a revisar o a extender sus conocimientos”.³

Menéndez Pidal ya había enunciado la tesis antedicha —recordemos, al efecto, su penetrante concepción de las “dos Españas”— y la había hecho extensiva, incluso, a toda la historia de la Madre Patria. “Una lucha de tendencias opuestas —puntualiza— sobre todo entre tradición e innovación, constituye la vida normal de todos los pueblos; pero en España se da regular-

²Sarrailh, Jean: “La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII”. F.C.E. México, 1957, pág. 17.

³Sarrailh, Jean: ob. cit., págs. 17-18.

mente con una exacerbación grande que en otros pueblos aparece sólo en excepcionales momentos críticos".⁴

En la España de la segunda mitad del XVIII —si damos crédito a Sarrailh— esta lucha entre tradición e innovación habría alcanzado un punto crítico. De ahí el choque, la pugna, la polémica incesante entre “masa” y “minoría”. Cadalso formó parte de esa minoría, integró la élite de los “modernistas o ilustrados”⁵. Esto explica su crítica acerba, áspera, severa, —en la línea de Feijóo, Isla, Moratín— frente a las costumbres y prejuicios de sus compatriotas. No se olvide que el siglo XVIII es el siglo de la crítica universal. “No veo ninguna época —afirma al respecto Paul Hazard— en que haya tenido representantes más ilustres, en que se haya ejercido de un modo más general, en que haya sido más ácida, con sus apariencias de alegría”.⁶

Cadalso adoptó la forma de una correspondencia imaginaria —recurso muy socorrido en su época— para exteriorizar su crítica. Modelos inmediatos de su obra pudieron ser las “*Lettres Persanes*” de Montesquieu y las “*Lettres Chinoises*” del marqués D’Argens. Tres correspondentes —los marroquíes Gazel y Ben-Beley y el español Nuño— intercambian, a través de sendas epístolas, sus opiniones sobre la sociedad, cultura y costumbres hispánicas, y su concepción particular sobre la vida y el hombre.

Ya en la Introducción de las “*Cartas Marruecas*”, mediante alusiones al Quijote como obra de crítica de costumbres, nos revela el autor la intención satírico-moral de ellas. Luego nos enumera los temas principales que procurará dilucidar en la correspondencia que concibe, uno de los cuales —tal vez el substancial— es el de retratar el verdadero carácter español, empresa que Cadalso estima difícil y riesgosa.

Concluye tal introducción afirmando “yo no son más que un hombre de bien, que ha dado a luz un papel que me ha parecido muy imparcial, sobre el asunto más delicado que hay en el mundo, cual es la crítica de una nación”.

Así, el propósito de nuestro autor —como el mismo lo señala— es el de colocarse en la embarazosa posición de censor de su país; pero tal actitud, justo es reconocerlo, está animada por un hondo, acendrado y sensato patriotismo. Ni exaltación o abominación irracional de los valores nacionales; ni tampoco admi-

⁴Menéndez Pidal, Ramón: “Los Españoles en la Historia”. Espasa-Calpe. B. Aires, 1951, pág. 110.

⁵Menéndez Pidal, Ramón: ob. cit., pág. 135.

⁶Hazard, Paul: “El Pensamiento Europeo en el siglo XVIII”. Guadarrama, Madrid, 1958, pág. 28.

ración desmedida a lo extranjero, como en otros tratadistas españoles de esa centuria. El suyo es un “patriotismo reflexivo”⁷; ni lo nacional ni todo lo foráneo; tal es la fórmula que Cadalso adopta en sus afanes críticos. Su clarividente patriotismo le hace “distinguir las verdaderas prendas nacionales de las que no lo son sino por abuso o preocupación de algunos a quienes guía la ignorancia o pereza”⁸. Está en contra del “patriotismo mal entendido” que “en lugar de ser virtud, viene a ser un defecto ridículo y muchas veces perjudicial a la misma patria”.⁹

De esta manera, si sus sátiras puedan parecer, en ocasiones, dolorosas, la verdad es que ellas están animadas de un fervoroso amor y adhesión irrestricta a la esencia de la hispanidad. Este nacionalismo esclarecido, caracteriza por lo demás a todos los reformadores del XVIII español. En efecto, lejos de dar la espalda, o desdeñar los valores autóctonos, se esforzaron por comprenderlos y renovarlos para erigir sobre ese sólido cimiento la patria nueva del futuro.

Este peculiar y definido estado de espíritu lleva larvado en sí el imperativo de las reformas; reformas en el plano económico, en la educación, en la administración. Un encomiable y pertinaz anhelo innovador anima a algunos núcleos intelectuales y círculos gubernativos del país.

Cadalso, reconociendo implícitamente esa nueva tendencia, ironiza humorísticamente sobre la acentuada propensión dieciochesca a elaborar proyectos destinados a reparar los males de España (Carta XXXIV); pero, inmediatamente, abandona el tono burlón y formula seria reflexión sobre la forma, a su juicio más correcta, de remediar y superar dichos problemas. “Para igualar nuestra patria con otras naciones —escribe— es preciso cortar muchos ramos podridos de este venerable tronco, ingerir otros nuevos, y darle un fomento continuo. Pero no por eso hemos de aserrar por medio, ni cortarle las raíces . . . ”¹⁰. Es decir, propone eliminar sin escrúpulos lo dañado; pero cuidando de conservar lo esencial, las estructuras fundamentales, básicas de la sociedad y cultura españolas. Años después, Burke, al impacto de la enorme conmoción desencadenada por la Revolución

⁷Azorín: Prólogo a las “Cartas Marruecas”, ed. Calleja, Madrid, 1917, pág. 9.

⁸Cadalso, José: “Cartas Marruecas”. Clásicos Castellanos. Espasa-Calpe, Madrid, 1956. Carta XXI, pág. 66.

⁹“Cartas Marruecas”, ed. cit. Carta XXI, pág. 68.

¹⁰“Cartas Marruecas”, ed. cit. Carta XXXIV, pág. 93.

Francesa, escribiría: "No puedo concebir cómo un hombre puede llegar a una presunción tal que le permita considerar a su país como nada más que una 'carte blanche', en la que puede dibujar lo que se le antoje. Un hombre lleno de buenas intenciones, ardiente y especulativo, puede desear que la sociedad a que pertenece esté constituida de modo distinto a como él la encuentra; pero un buen patriota y un verdadero político piensa siempre en la manera de conseguir un buen resultado con los materiales de que dispone. Mi tipo ideal de hombre de Estado reúne una tendencia a conservar y una capacidad para mejorar".¹¹

Tendencia a conservar y capacidad para mejorar; tal es justamente la posición de Cadalso, como la de la totalidad de los reformistas peninsulares contemporáneos —Compomanes, Jovellanos, entre los más egregios— todos ellos mucho más significativos que nuestro autor en este aspecto. Cadalso, por lo demás, no se propuso nunca en sus escritos un específico objetivo político; ni estaba, posiblemente, capacitado para afrontar con brillo un tema de esa naturaleza. Así, incluso, lo indica en la propia Introducción de las "Cartas", al afirmar que en ellas no se tratan asuntos "de religión, ni de gobierno."

Patriota íntegro, inteligente, culto, educado en Francia y conocedor directo de los países rectores de la Europa de su época —lo que le daba una amplia perspectiva para ejercer su espíritu de observador agudo y sensato— Cadalso acomete la empresa de retratar el carácter, virtudes y defectos de la España de sus días.

Veamos las características de su pensamiento y los aspectos del vivir hispánico del XVIII que impactaron su atención y merecieron su certera y atinada crítica.

Ante todo, Cadalso —por boca de Nuño— hace una somera descripción de la historia patria (Carta III); destacando la obra de los Reyes Católicos "príncipes que —a su juicio— serán inmortales entre cuantos sepan lo que es gobierno". Su cetro —agrega— pasó luego a la Casa de Austria "la cual gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas de España por las continuas guerras que así en Alemania como en Italia tuvo que sostener Carlos I...." No mejor es su opinión sobre Felipe II y sus sucesores; para terminar afirmando que a la muerte de Carlos II "no era España sino el esqueleto de un gigante". En consecuencia, al contemplar el presente y el

¹¹Burke, Edmund: "Reflexiones sobre la Revolución Francesa"; incluida en "Textos Políticos", ed. F.C.E., México, 1942, pág. 178.

pasado españoles, Cadalso crea una España mítica y trascendente, la cual a su juicio se realiza en un momento histórico dado: el gobierno de los Reyes Católicos.

El profesor Hughes al interpretar esta concepción cadalsiana de dicha etapa, como auténtica “edad de oro” de la historia hispánica, piensa que “según Cadalso, la virtud moral y la eficiencia política de la ‘España verdadera’ florecieron en el siglo XVI”, y que luego “debido a la falta de apego a las doctrinas gubernamentales de los Reyes Católicos España decae moralmente, sin que tal cosa sea observada fuera del país hasta el final del reinado de Felipe II.” La “España verdadera” —sigo citando a Hughes y su personal interpretación de la visión de Cadalso de la historia hispánica— fue reemplazada por una “España falsa” establecida en el siglo XVII, siglo que según el autor de las “Cartas Marruecas”, “no nos ofrece cosa que pueda lisonjearnos” ¹²; y en el siglo XVIII por la “apariencia”, pero no la “sustancia” de la grandeza. A juicio de Cadalso —remata Hughes— los Borbones han luchado con objeto de sobreponerse a las lamentables condiciones que se les había legado. También opina que la España de Carlos III, a pesar de que pugna por reconstruirse política y moralmente, adolece de muchas deficiencias. ¹³

Hay que hacer presente que, de acuerdo con el autor citado, la “España verdadera” de Cadalso conquista sus “ventajas civiles” debido a su superioridad moral ¹⁴, es decir sería su grandeza moral la responsable de su importancia política y su prosperidad pasadas.

Llama la atención en el bosquejo histórico de España mencionado anteriormente —y no está demás recalcarlo— la fervorosa admiración de nuestro autor por el reinado de los Reyes Católicos, al que considera, sin ambages, como el momento culminante de la historia hispánica. Tal opinión la reitera Cadalso en la carta LXXIV, al afirmar: “La monarquía española nunca fue más feliz por dentro, ni tan respetada por fuera, como en la época de la muerte de Fernando el Católico. Véase, pues, que máximas entre las que formaron juntas aquella excelente política han decaído de su antiguo vigor; vuélvase el vigor antiguo a dar, y tendremos la monarquía en el mismo pie en que la halló la casa de Austria.” Y Nuño, su portavoz, convencido de

¹²Carta XLIV, ed. cit., pág. 115.

¹³Hughes, J.: “José Cadalso y las Cartas Marruecas”. Tecnos, Madrid, 1969. págs. 47-48.

¹⁴Hughes, J.: ob. cit., pág. 47.

que aquel momento de la historia de España, había sido el más alto y significativo de su devenir, añade: "Cortas variaciones respecto del sistema actual de Europa bastan." ¹⁵

Conviene detenerse en la última frase. Ella quiere decir, en el fondo, que, a juicio del autor que estudiamos, la institución monárquica de su época podría alcanzar la excelencia no superada de la edad de los Reyes Católicos, volviendo a los principios y valores que inspiraron la política interna y externa de aquellos soberanos.¹⁶ ¿Y cuáles fueron esos principios inspiradores de la política de don Fernando y doña Isabel? Cadalso se encarga de precisarlos: "reforma de abusos, aumento de ciencias, humillación de los soberbios, amparo de la agricultura", y la expansión ultramarina traducida en la fundación de "un imperio mayor y más duradero que el de Roma antigua . . ." ¹⁷ Este podría ser el ideario político del autor de las "Cartas Marruecas"; si es posible hablar de tal faceta de su pensamiento.

Es curioso que Cadalso, escribiendo en los años en que llegaba a su plenitud el reinado de Carlos III —el más progresista e ilustrado de los monarcas españoles del XVIII— no lo mencione ni señale su enorme esfuerzo por rehacer la vida española, y que prefiriera contemplar los rasgos que admiraba en una época transcurrida hacia doscientos cincuenta años. Como acertadamente afirma el profesor Hughes, este "mesianismo regresivo" que Cadalso predica en la cima de la Ilustración hispánica "lo separa no sólo del clima intelectual de los 'philosophes', sino también de la conformación espiritual del grupo de consejeros liberales, como Jovellanos por ejemplo, que rodeaban a Carlos III".¹⁸

Insistiendo siempre en la historia patria, el autor que estudiamos ensalza la gloria de la conquista de América, a través de un lato elogio de Hernán Cortés; y de paso —creemos— alude tácitamente a la "leyenda negra" —elaborada en su siglo por historiadores franceses e ingleses hostiles a España por motivos políticos-religiosos, al puntualizar que los extranjeros al referirse a dicho acontecimiento, abusan del empleo de expresiones como "codicia, tiranía, perfidia y otras no menos espantosas".¹⁹

¹⁵Carta LXXIV, ed. cit., pág. 183.

¹⁶Américo Castro cita y comenta este pasaje, en el cual encuentra un nuevo ejemplo de lo que él llama "ritmo regresivo de la historia hispana". España en su Historia". B. Aires, 1948, págs. 277-278.

¹⁷Carta III, Ed. cit., pág. 15.

¹⁸Hughes, John: ob. cit., pág. 58.

¹⁹Carta IX, ed. cit., pág. 38.

No obstante, si Cadalso no oculta su admiración por la mayor obra ecuménica de España, tampoco disimula algunos de los excesos cometidos en ella. "Sí amigo, lo confieso de buena fe —dice Nuño— (los conquistadores) mataron muchos hombres a sangre fría." Pero a renglón seguido, a trueque de esta imparcialidad, reclaman la de los historiadores europeos para su patria: "Reflexionan —escribe— los que nos llaman bárbaros, la pintura que he hecho de la compra de los negros de que son reos los mismos que tanto lastiman la suerte de los americanos."²⁰ Tal pintura aparece en la misma epístola —Carta IX— y en ella puede leerse: "los pueblos que tanto vocean la crueldad de los españoles en América, son precisamente los mismos que van a las costas de África, compran animales racionales de ambos sexos... sin más derecho que ser los comprados negros; los embarcan como brutos; los llevan millares de leguas desnudos, hambrientos y sedientos; los desembarcan en América; los venden en público mercado..."²¹

Este patético cuadro denota la naturaleza generosa y el hondo humanitarismo de Cadalso, aspecto que en su contextura espiritual se enlaza íntimamente con su peculiar idea del progreso social. A su juicio "la excelencia de un siglo sobre otro, debe regularse por las ventajas morales o civiles que produce a los hombres".²²

De ahí que, sorprendentemente, se manifieste contrario a la optimista confianza en el progreso, tan característica del Siglo de las Luces, y que tuvo en Turgot y Condorcet a sus apologistas más consumados y brillantes. Esta actitud explica, en parte, por qué no debemos considerarlo un auténtico y cabal representante de la Ilustración. Esclarece, al mismo tiempo, sus audaces ironías —Carta IV— sobre los europeos de su siglo, los cuales, a su entender, acumulan alabanzas sobre la era en que han nacido, y se imaginan que "la naturaleza humana hizo una prodigiosa e increíble crisis, precisamente a los mil y setecientos años cabales de su nueva cronología". "La generación entera —sigue insistiendo— abomina de las generaciones que la han precedido." Pero a su juicio: "Desde la época en que ellos fijan la de su cultura, hallo los mismos delitos y miserias en la especie humana; y en nada aumentadas sus virtudes y comodidades." Precisando aún más su pensamiento, afirma: "Mil artes se han perdido de las que florecieron en la antigüedad; y las que se han

²⁰Carta IX, ed. cit., págs. 44-45.

²¹Carta IX, ed. cit., pág. 38.

²²Carta IV, ed. cit., pág. 18.



Lorenzo Tiépolo.

Tipos Madrileños.

adelantado en nuestra era, ¿qué producen en la práctica, por mucho que ostenten en la especulativa?". "¿De la agricultura y la medicina, sin preocupación, no puede decirse lo mismo?"

Insólitas y desusadas resultan estas expresiones en un siglo que, justamente, se alababa de haber realizado prodigios en el campo de la ciencia y de la técnica. Tales progresos no podía ignorarlos el autor de las "Cartas"; sin embargo, tal vez acierte en su duda respecto al valor práctico de ellos; a su influjo en la comunidad humana y, concretamente, a su efecto sobre el bienestar y nivel de vida de la sociedad coeva.

En cuanto al aspecto moral, el tan elogiado siglo de la Ilustración, de las Luces, de la Razón "ha sido —escribe textualmente Cadalso— tan desdichado en la experiencia como los antecedentes." Como puede verse, un franco pesimismo alienta el pensamiento de nuestro autor sobre el tema, idea que se vincula estrechamente con su desfavorable concepción del hombre y de la sociedad en general. Nuño —su portavoz— cree que el carácter de una nación es, en esencia, análogo al de un individuo: una mezcla irremediable de buenas y malas cualidades. Sería razonable —piensa— intentar un aumento de las buenas, disminuyendo las malas, pero nunca sería posible alterar radicalmente ese compuesto. "Cada nación —manifiesta— es como cada hombre que tiene sus buenas y malas propiedades peculiares a su alma y cuerpo. Es muy justo trabajar a disminuir éstas y aumentar aquéllas, pero es imposible aniquilar lo que es parte de su constitución."²³

Al final de la carta en que se expresan estos conceptos —Carta XXI— Nuño vuelve a reiterar su falta de confianza en el hombre y en el carácter de la sociedad, cuando confiesa la envidia que siente de Ben-Beley que, aislado del bullicio del mundo, no tiene que sufrir "tanto delirio, vicio y flaqua como abunda entre los hombres, sin que apenas pueda el sabio distinguir cuál es vicio y cuál virtud, entre los varios móviles que los agitan."²⁴

Es evidente, a juicio de Cadalso —expresado por boca de Nuño— que hay desorden moral en el mundo, que impera en él una ostensible trasmutación de valores, lo que se traduce en la mezcla de lo "sagrado con lo profano", en el hecho de pasar sin transición "de lo importante a lo frívolo", y en la confusión "de lo malo y lo bueno"²⁵. En la Carta LXXXII declara Gazel

²³Carta XXI, ed. cit., pág. 66.

²⁴Carta XXI, ed. cit., pág. 69.

²⁵Carta XXXIX, ed. cit., pág. 104.

que se resiste a creer que ninguna época haya producido hombres verdaderamente cuerdos. "Las extravagancias humanas —afirma— son tan antiguas como ridículas, y cada era ha tenido su locura favorita." ²⁶ Finalmente su falta de confianza en el hombre, la hace extensiva nuestro autor, al propio conocimiento: "tan poca cosa es el entendimiento humano, —afirma Nuño, su portavoz —que si quiere ser un poco eficaz, muda la naturaleza de las cosas de buenas en malas por buenas que sean." ²⁷

En cierto modo, la visión que Cadalso tiene del hombre corresponde a la de los ascetas españoles, que ven al hombre como un ser esencialmente limitado y corrompido. "Los hombres corrompen todo lo bueno". ²⁸

Las citas transcritas ahorran mayores comentarios sobre la concepción de Cadalso respecto al hombre, la sociedad, y en definitiva sobre la idea del progreso, que era el tema que analizábamos. El autor de las "Cartas Marruecas" juzga que la especie humana, lejos de ser capaz de un progreso sin límites y de perfeccionamiento propio, es esencialmente limitada en inteligencia y en posibilidades.

Pero volvamos a la España del siglo XVIII. Uno de los problemas que preocupa a Cadalso —y que ya había inquietado profundamente a Feijóo— es el del atraso de las ciencias, particularmente de las ciencias experimentales en su patria. ²⁹ Los pocos que las cultivan: "Viven en la obscuridad y mueren como vivieron, tenidos por sabios superficiales en el concepto de los que saben poner setenta y siete silogismos seguidos sobre si los cielos son fluidos o sólidos". ³⁰

²⁶Carta LXXXII, ed. cit., pág. 203.

²⁷Carta XXI, ed. cit., pág. 69.

²⁸Carta LVIII, ed. cit., pág. 141.

²⁹En carta a Iriarte escribía Cadalso: "Salamanca, doctísima Universidad, donde no se enseña matemática, física, anatomía, historia natural, derecho de gentes, lenguas orientales ni otras frioleras semejantes, pero produce gentes que con voz campanuda pondrán sus setenta y siete mil setecientos setenta y siete silogismos en Baralipiton, Frisesomorum o Fapesmo sobre cómo hablan los ángeles en su tertulia, sobre si los cielos son de metal de campanas, o líquidos como el vino más ligero, y otras cosazas de semejante entidad, que Vmd., y yo nunca sabremos, aprenderemos ni estudiaremos". Carta a T. de Iriarte, publicada en Rev. Hisp., 1894, pág. 324; cit. por J. Sarrailh "La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII". F.C.E. México, 1957, pág. 108.

³⁰Carta VI, ed. cit., pág. 24.

Esto era motivo de congoja para Cadalso, y lo consideraba un factor esencial del rezagado lugar que España había llegado a ocupar en su época, en relación a las grandes naciones de Occidente. “En el siglo antepasado —expresa Gazel a un contemporáneo— tu nación era la más docta en Europa, como la francesa en el pasado, y la inglesa en el actual; pero hoy, del otro lado de los Pirineos, apenas se conocen los sabios que así se llaman por acá.”³¹

¿Cómo ha llegado España a este marasmo, esta esclerosis, esta mediocridad intelectual? Para Cadalso esto se ha debido a la falta de protección y estímulo a los estudiosos de las ciencias. “El atraso de las ciencias en España en este siglo —afirma— ¿quién puede dudar que proceda de la falta de protección que hallan sus profesores? Hay cochero en Madrid que gana trescientos duros, y cocinero que funda mayorazgo; pero no hay quien no sepa que se ha de morir de hambre como se entregue a las ciencias . . . ”³²

Dura realidad, que sin duda debía apesadumbrar hondamente al ilustre escritor. Pero hay algo más. El progreso del espíritu científico y la difusión de las ciencias modernas no fueron posibles en España sino a costa de duros combates contra fuerzas regresivas, espíritus anquilosados, e instituciones adversas a su progreso, por temor a dañar con ello la integridad y unidad religiosa del país. Cadalso se atreve a afirmar: “En todas partes es sin duda desgracia, y muy grande, la de nacer con un grado más de talento que el común de los mortales; pero en España . . . ha sido hasta ahora uno de los mayores infortunios que puede contraer el hombre al nacer.” “Apenas ha producido esta península hombre superior a los otros, cuando han llovido sobre él miserias hasta ahogarle.”³³

Insistiendo sobre el tema y después de recordar las persecuciones y encarcelamientos de Quevedo y fray Luis de León añade: “Es tan cierto este daño . . . que el español que publica sus obras hoy, las escribe con inmenso cuidado y tiembla cuando llega el tiempo de imprimirlas . . . Yo trato poca gente; pero aun entre mis conocidos me atrevo a asegurar que se pudieran sacar manuscritos muy preciosos sobre toda especie de erudición, que actualmente yacen como en el polvo del sepulcro, cuando apenas habían salido de la cuna. De otros puedo afirmar

³¹Carta IV, ed. cit., pág. 21.

³²Carta VI, ed. cit., pág. 23.

³³Carta LXXXIII, ed. cit., págs. 208-209.

que, por un pliego que han publicado, han guardado noventa y nueve.”³⁴

Este es por lo tanto—según nuestro autor—otro factor que hay que considerar para explicar el atraso intelectual de la España del XVIII. Con esta idea volvemos a la concepción de Sarraih de la “masa” rutinaria y tradicionalista, en pugna con la “minoría” innovadora y progresista española, a que hacíamos referencia en páginas anteriores. En tales circunstancias, muchos espíritus libres tuvieron que transigir, disimular sus aficiones, acomodarse al ambiente adverso. A ellos se refiere Cadalso cuando habla de los hombres que “estudian a Newton en su cuarto y explican a Aristóteles en su cátedra, de los cuales hay muchos en España.”³⁵

El pensamiento del autor de las “Cartas Marruecas” sobre el tema puede resumirse en su expresión: “trabajemos . . . en las ciencias positivas, para que no nos llamen bárbaros los extranjeros”³⁶, lo que traduce, por un lado, certidumbre en el valor del conocimiento científico, y por otro, convencimiento del atraso de su patria en ese campo de la cultura.

Relacionado con el problema que tratamos, está el de la persistencia del aristotelismo en España, sobre lo cual Cadalso expresa: “La filosofía aristotélica, con todas sus sutilezas, desterradas ya de toda Europa, y que sólo ha hallado asilo en este rincón de ella, se defiende por algunos de nuestros viejos con tanto esmero, e iba a decir con tanta fe, como un símbolo de la religión.”³⁷. La supervivencia de las “hinchazones pedantescas” del peripatetismo en la península, habiendo sido desecharido en todas las naciones del continente por otros sistemas de “más certidumbre”—Carta XXI—le parece un anacronismo a nuestro autor.

De la misma manera enjuicia el escolasticismo —vuelto de espaldas a la poesía, la física, las matemáticas, la medicina moderna y otras artes necesarias a la vida humana—al cual dedica ágil y certera sátira (Carta LXXVIII). Esta sátira contra el escolástico desdeñoso y despectivo de la ciencia moderna, expresa indudablemente el reconocimiento del autor respecto al valor de esta última, y de su importancia para el progreso de su patria. Termina la carta en referencia, con un franco llamado a la juventud para dedicarse a “materias útiles”, es decir a las

³⁴Carta LXXXIII, ed. cit., págs. 209-210.

³⁵Carta LXXVIII, ed. cit., pág. 192.

³⁶Carta LXXVIII, ed. cit., pág. 195.

³⁷Carta XXI, ed. cit., pág. 67.

ciencias prácticas, necesarias al desarrollo positivo y la felicidad de la sociedad, enfatizando, además, el valor de la educación en general. Si se adopta dicha actitud, a su juicio: "Dentro de veinte años se ha de haber mudado todo el sistema científico de España insensiblemente, sin estrépito y entonces verán las academias extranjeras si tienen motivo para tratarnos con desprecio."³⁸

Optimismo en el valor e importancia de la educación, que compartió Cadalso en general con toda la Ilustración española.³⁹ Para los coetáneos de nuestro autor, una instrucción práctica debe ocupar el sitio de al absurda y obsoleta enseñanza teórica, tan tenazmente impartida hasta entonces. De ella dependen la regeneración de España y su felicidad. Feijoo, cuya obra es precursora en todos los campos de la cultura dieciochesca hispánica, protestaba ya hacia el primer cuarto de la centuria, contra la inoperante cultura de su tiempo. Reiteradamente insiste en los progresos que en el extranjero realizaban la física, la anatomía, la botánica, la geografía o la historia natural "mientras nosotros —dice— nos quebramos las cabezas y hundimos a gritos las aulas sobre si el ente es unívoco o análogo, si trasciende las diferencias, si la relación se distingue del fundamento, etc."⁴⁰

Hacia las últimas décadas del siglo, el mismo pensamiento animaba a Jovellanos, Campomanes, y a otras grandes figuras de la cultura hispánica del XVIII.

La España de la décimoctava centuria recibió intensa influencia de Francia, lo que era natural, ya que este país era el vecino geográfico, existían estrechos vínculos entre las dos Cortes y Francia era entonces el centro intelectual para Europa entera.

³⁸Carta LXXVIII, ed. cit., pág. 195.

³⁹En su "Discurso pronunciado en la Sociedad de Amigos del País del Principado de Asturias" —Oviedo 6 de Mayo de 1782— dice Jovellanos: "Yo no me detendré en asegurar a la Sociedad que estas luces y conocimientos sólo pueden derivarse del estudio de las ciencias matemáticas, de la buena física, de la química y de la mineralología: facultades que han enseñado a los hombres muchas verdades útiles, que han desterrado del mundo muchas preocupaciones perniciosas, y a quienes la agricultura, las artes y el comercio de Europa deben los rápidos progresos que han hecho en este siglo". Jovellanos: "Obras". Barcelona, 1839. Tomo II, pág. 108.

Y en su "Memoria sobre la educación pública" dirá: "Las fuentes de la prosperidad social serán muchas; pero todas ellas nacen de un mismo origen, y este origen es la instrucción pública . . . ". B.A.E. t. 46, pág. 230.

⁴⁰Feijoo: "Cartas Eruditas" II, XVI, 14.

Un aspecto de este fenómeno lo pone de relieve Cadalso en su humorística ridiculización del exceso de galicismos empleados por ciertos sectores de la sociedad (Carta XXXV). Ello no era más que una faceta del notorio predominio cultural a que se ha hecho referencia, y que ha permitido a Azorín escribir: “A medida que avanza el siglo, aumenta la influencia francesa. Todo es francés... Las señoras hacen venir las modas de París dos veces al mes. La juventud se educa en Tolosa, Montpellier o Paris... No es elegante quien no ha tomado café en el Palais-Royal, paseado por las Tullerías y visto un par de tragedias.”⁴¹

La Ilustración española tuvo en general —por el motivo señalado— grandes analogías con la francesa. Sin embargo, existió una diferencia fundamental: los pensadores franceses llevaron el racionalismo crítico hasta sus últimas consecuencias y llegaron a una actitud arreligiosa y abiertamente hostil a la Iglesia cristiana. En España, en cambio, si bien no faltaron algunos elementos que profesaron, igualmente, tendencias anti-religiosas y antieclesiásticas, se mantuvo en general, una sólida tradición cristiana. Aun los más avanzados reformadores profesaron una fe perfectamente ortodoxa. Ello sin que significara supresión de toda crítica —algunas bastante enconadas— a la Iglesia, a su relajación moral, a su bajo nivel intelectual o a su poderío económico.

Igualmente los falsos milagros y supersticiones merecieron duros ataques y amargos comentarios de parte de la minoría ilustrada. Feijoo —preursor en esto como en tantos otros aspectos de la cultura del iluminismo español— se atrevió, incluso, a escribir sobre el particular: “Tanto más sólida será en los pueblos la fe, cuanto más desnuda de toda vana aprensión. Tanto más sano alimento dará a la piedad el grano de la doctrina, cuanto más depurado del polvo y de la paja. El error nunca puede ser buen cimiento para la devoción.”⁴²

Tal concepto inspiró a muchos tratadistas y pensadores posteriores a él.

En cuanto a Cadalso, su posición respecto al problema religioso es desconcertante. Por un lado declara que el carácter español es religioso (Carta XXI), que “una de las características de los españoles ha sido siempre el amor a la religión de nues-

⁴¹Azorín: “El Alma Castellana”. Aguilar. Madrid, 1959. Obras Completas.

Tomo I, págs. 672-673.

⁴²Feijoo: “Cartas Eruditas”, II, 1.

tros padres”⁴³, y a la vez fulmina virulentas expresiones contra la impiedad e incredulidad características de su siglo, un siglo que sometió a “proceso al cristianismo”⁴⁴. Los sostenedores de tal actitud —a su juicio—: “No sólo niegan y desprecian aquellos artículos que pueden absolutamente negarse sin faltar a la religión, sino que pretenden ridiculizar hasta los cimientos de la misma religión, la tradición y la revelación. La tradición y la revelación son, en dictamen de éstos, unas meras máquinas que el Gobierno pone en uso según parece conveniente. Conceden que un ser soberano inexplicable nos ha producido, pero niegan que su cuidado trascienda del mero hecho de crearnos; dicen que muertos estaremos dónde y cómo estábamos antes de nacer, y otras mil cosas dimanadas de éstas”. Tales ideas pueden hundir al mundo en un caos mortal espantoso, y la negación de la vida ultraterrena, puede a su vez, compeler a los hombres a emplear la vida terrena “en todo género de delitos, por atroces y perjudiciales que sean.”⁴⁵

Sin embargo, pese a estos ataques a los libertinos, deístas e incrédulos en general —ideas por lo demás incomparablemente más difundidas allende los Pirineos que en España— Cadalso pone en duda y ridiculiza una creencia firmemente arraigada en su patria: la creencia en la aparición del apóstol Santiago en la batalla de Clavijo.

Dice Gazel a Nuño en la Carta LXXXVII: “Si el cielo . . . , quería levantar tu patria del yugo africano ¿había menester las fuerzas humanas, la presencia efectiva de Santiago, y mucho menos la de su caballo blanco, para derrotar al ejército moro? . . . ¿Creéis que los que están gozando del eterno bien bajen a dar cuchilladas y estocadas a los hombres de este mundo?” A esta ironía libertina, Nuño replica que ese episodio de la historia española no es “un artículo de fe, ni demostración de geometría” y por lo tanto, puede “cualquiera negarlo sin merecer el nombre de impío ni el de irracional.”

Tal vez esta contradicción en el pensamiento del autor de las “Cartas Marruecas” —manifiesta también en muchos de los hombres del setecientos español —se deba a que, como lo ha señalado Palacio Atard, todos ellos han sido conformados in-

⁴³Cadalso, J.: *Suplemento a los “Eruditos a la Violeta”*. Aguilar. Madrid, 1944, pág. 518.

⁴⁴Hazard, P.: “El pensamiento europeo en el siglo XVIII”. Guadarrama. Madrid, 1958.

⁴⁵Carta LXXXVII, ed. cit., pág. 215.

telectualmente por fuerzas morales y culturales diversas, divergentes y hasta radicalmente inconciliables.

Estas fuerzas ético-culturales han sido la educación católica —que todos ellos han recibido y en gran medida han mantenido durante el curso de su vida—; las ideologías imperantes más allá de los Pirineos —que en parte encerraban un fermento destructor del cristianismo—; y, el impacto de la mentalidad burguesa que madura en esa época, y que con su afán de lucro y su racionalización de la vida humana según criterios económicos, implicaba una ética inconciliable con la del catolicismo. Dadas estas circunstancias, y considerando que “los sedimentos mentales de la ideología de aquellos hombres se han depositado en capas distintas, basta cortar por el plano de una de estas capas para que el personaje se nos aparezca como fiel a la más pura ortodoxia católica o a una rancia tradición española; el mismo personaje que, si lo seccionamos por un plano distinto de su anatomía intelectual, se nos aparece con las huellas indelebles de una sospechosa modernidad anticristiana, o como prefigurador de una segunda España negadora de su herencia histórica”.⁴⁶

Tal interpretación —estimo— puede hacerse extensiva a la posición de Cadalso en el problema planteado en la carta LXXXVII.

Finalmente, un asunto que preocupó hondamente a nuestro autor —como se hace patente en las “Cartas Marruecas”— es el problema económico y social de la España de su época. Al respecto es necesario puntualizar que la Ilustración hispánica presenta como característica eminentemente una notable y persistente preocupación por las deficiencias económicas de la nación. Teóricos y estadistas vuelven una y otra vez en forma obsesiva sobre el tema, angustiados ante el atraso y desmedrado nivel económico de la patria —con su inevitable secuela de pobreza y desocupación— y buscan con denuedo, desde todos los ángulos posibles, soluciones a tan decisivo y fundamental problema.

Ha sido Palacio Atard —el brillante historiador hispánico, quien con Sánchez Agesta, Rodríguez Casado, Cayetano Alcázar y otros, nos han dado una nueva visión del siglo XVIII español— el que, tal vez, ha señalado con mayor énfasis y claridad esta significativa faceta de la Ilustración ibérica.

“El denominador común de nuestros ilustrados —dice Palacio Atard—, aquello que los aproxima e identifica a unos y

⁴⁶Palacio Atard, V.: “Los Españoles de la Ilustración”. Guadarrama. Madrid, 1964, pág. 32.

otros, es su preocupación por la reforma económica. En todo lo demás las discrepancias y variedades son grandes. La Ilustración en España, por tanto, consiste fundamentalmente en un formidable empeño de regeneración económica, al cual se subordina —como instrumento— la reforma del orden cultural y también la práctica político-administrativa.”⁴⁷

Todo el afán de reformas, pues, de un siglo reformista por excelencia, se centra en la modificación del cuadro económico de España. El objetivo que se persigue es mejorar, o por lo menos atenuar, la dolorosa condición de las masas, su pobreza y desamparo, su falta de posibilidades y medios para contribuir en forma adecuada al incremento de la riqueza nacional. España es en el setecientos un país pobre; sus escasas riquezas se hallan mal distribuidas, y es ostensible y cruel la diferenciación entre la opulencia de unos pocos poseedores y la miseria de la mayoría.

De principio a fin del siglo los ilustrados clamarán contra la pobreza generalizada que agobia a la nación. En los inicios de la centuria, el padre Feijóo escribía: “Es preciso confesar la mucha pobreza de España, por más que quieran negarlo los que, por demasiadamente pobre, ni aún confusamente saben lo mucho que nos falta.”⁴⁸ Insistiendo en el tema, en el “Teatro Crítico”, nos dará una visión desgarradora de los campesinos del norte de España —Galicia, Asturias y montañas de León— la cual, en el fondo, no era otra que la de casi todos los labradores de la península⁴⁹

A fines del siglo, el conde de Cabarrús —una de las figuras significativas de la ilustración hispánica— escribía: “¿Cuántos pobres tenemos? Se podría responder sin violentar el sentido, que casi toda la nación lo es, y sería mucho más fácil enumerar los poquísimos que lo poseen todo, que casi el total de los que nada tienen.”⁵⁰

Así, en el pensamiento de los hombres descollantes del siglo, la indigencia de la gran mayoría de la población española se mantiene en esa centuria poco menos que casi invariable. Y eso, a pesar de los esfuerzos de la monarquía por superar tan dolorosa situación. Recuérdese, al efecto, las repoblaciones y coloni-

⁴⁷Palacio Atard, V.: “Los Españoles de la Ilustración”. Guadarrama. Madrid, 1964, pág. 34.

⁴⁸Feijóo: “Cartas Eruditas”, III, 31, 2.

⁴⁹Feijóo: “Teatro Crítico Universal”, XII, 10, 41.

⁵⁰Carrabús: “Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública”. Valencia, 1822. Carta Primera, pág. 33.

zaciones interiores —Sierra Morena y Andalucía—, la reducción de los privilegios de la Mesta —poderosa asociación de ganaderos cuyos seculares privilegios perturbaban gravemente el desarrollo de la agricultura—, la protección al establecimiento de manufacturas, la lucha contra los gremios en pro de la libertad industrial, la supresión de numerosas aduanas interiores, la creación de compañías para el comercio ultramarino —compañías de Caracas, de La Habana, de Filipinas—, la construcción de caminos y las pragmáticas del comercio libre con América.

La obra de la realeza —particularmente de Carlos III— había sido ardua, entusiasta y tesonera. No obstante, sus resultados, por lo menos en lo que respecta a los estratos bajos de la sociedad, fueron de escasa significación. Todo aquel progreso económico no significó un correlativo mejoramiento en el uso social de la riqueza; más bien —como apunta Palacio Atard— se produjo en este aspecto un retroceso. “Los salarios reales de los obreros —señala el autor citado— bajan a lo largo del siglo, y esa baja se acentúa durante los últimos años, consecuencia de las crisis económicas producidas por las guerras del tiempo de Carlos III y Carlos IV.”⁵¹

Así, la situación de los estamentos bajos no sólo no mejora con la política económica de los monarcas Borbones, sino que tiende a deteriorarse. En cambio, dicha política, sobre todo en lo que dice relación con el fomento del comercio, contribuyó a incrementar la riqueza, el poder y la influencia de la burguesía. Hasta entonces —es decir hasta la aparición de los factores capitalistas en el comercio y en la industria— los instrumentos de la producción derivaban exclusivamente de la posesión de la tierra, y la tierra era una propiedad asegurada en un semi-monopolio por las clases altas, esto es, la nobleza y el clero. A mediados del siglo XVIII, el 80% de la tierra pertenecía al rey, a la nobleza o a la Iglesia.

Aunque no podemos evaluar con seguridad el porcentaje de la riqueza burguesa respecto a la aristocracia, sí está claro que el antiguo monopolio detentado por la aristocracia en lo referente a los instrumentos de la producción, se vio desde la segunda mitad del siglo XVIII, progresivamente disminuido por la concurrencia del poder económico de la burguesía. No obstante, cometeríamos un error si creyéramos que tal poder daba margen a la existencia de una clase burguesa omnipotente

⁵¹Palacio Atard, V.: “Los Españoles de la Ilustración”. Ed. Guadarrama. Madrid, 1964, pág. 23.

en lo social y lo económico. La verdad es que, hasta comienzos del siglo XIX, la burguesía española era una fuerza social débil, aunque desarrollada.

En cuanto al clero, su número constituía un porcentaje significativo de la población: cerca de doscientos mil eclesiásticos en un país de poco más de diez millones de habitantes (censo de 1787). En la misma época, Francia, con una población quizá dos veces y media mayor que la de España, tenía igual número de clérigos. El porcentaje de la población española perteneciente al clero había decaído en el siglo XVIII; así y todo, en los últimos años de dicho siglo, no existía otro país en Europa, excepto Portugal, donde los eclesiásticos constituyesen un sector tan nutrido de la sociedad. La Iglesia era rica y opulenta: una parte importante de la tierra le pertenecía. Cuál era exactamente esa parte, no está bien claro; pero un estudio hecho por el Gobierno entre 1760 y 1770 muestra que la sexta parte de las tierras de León y Castilla pertenecían a diversas instituciones religiosas. El derecho civil y el canónico reconocían que estas tierras no podían ser enajenadas; eran de manos muertas, circunstancia que contribuía a que muchas de ellas se mantuviesen incultivadas y que, por otro lado, las sustraía a la libre comunicación y comercio, agravando el problema de la agricultura española.

Tal era, a grandes rasgos, la situación económico-social de España a la fecha de aparición de las "Cartas Marruecas" de Cadalso (1768). Crítico, a veces apasionado, de la vida española de su época, nuestro autor no podía escapar a aquello que constituía la preocupación obsesiva de los tratadistas hispánicos del setecientos: la reflexión sobre los problemas económicos. Es así como a través de la nutrida correspondencia imaginada por Cadalso entre Gazel, Nuño y Ben-Beley, afloran aquí y allá, entre los más variados aspectos de la sociedad española, a veces duramente satirizados, meditaciones relacionadas con las deficiencias de la vida económica española contemporánea.

Veamos algunas de ellas. Ante todo, el tema de la decadencia de España. "Se me figura España desde el fin de 1500 —escribe— como una casa grande que ha sido magnífica y sólida, pero que con el transcurso de los tiempos se va cayendo y cogiendo debajo a sus habitantes."⁵²

Las reflexiones sobre el fenómeno en referencia tenían ya una larga tradición en el pensamiento hispánico. Así, en el siglo

⁵²Cadalso, J.: "Cartas Marruecas", Carta XLIV, ed. cit., pág. 21.

XVIII, en los días inmediatos al apogeo filipino, diversos autores —Sancho de Moncada, Martínez de Mata, González de Cello- rigo, Caxa de Leruela y otros— habían procurado explicar el sorprendente proceso de la decadencia española. Las ideas dominantes en todos ellos consisten en atribuir el atraso nacional a la ociosidad, al crecimiento agobiador de los tributos y desigualdad de las cargas, al descuido de la agricultura, al desprecio del trabajo manual que trajo consigo el debilitamiento y ruina de las industrias, a la mala organización de la ganadería, al error de pensar que la riqueza consiste en la posesión exclusiva de oro y plata y no en la abundancia de cosas necesarias para la vida, etc. No faltaron, incluso, explicaciones insólitas como la del insigne Quevedo, que atribuía tan extraordinario suceso al contagio de los defectos de las otras naciones, que destruyeron en el pueblo español la sobriedad, el amor al trabajo y a la lucha, y la austeridad.⁵³

Cadalso comprueba en su época tal decadencia, ya analizada por economistas y pensadores anteriores a él. Así, por boca de Gazel expresa: "Veo algunas pocas casas nuevas en Madrid y tal cual ciudad grande; pero sal por esas provincias y verás a lo menos dos terceras partes de casas caídas, sin esperanza de que una sola pueda algún día levantarse. Ciudad tiene en España que contó algún día quince mil familias, reducidas hoy a ochocientas."⁵⁴ Y, al igual que sus antecesores, ensayó dar una explicación a tan magno problema. Abocado a tal empresa, encuentra en las guerras continuas en que se vio envuelta España a través de su historia, una de las causas de la decadencia en cuestión. Atribuía al hecho de persistir tanto tiempo los españoles con las armas en la mano, el que hubiesen mirado con desprecio el comercio y la industria, y de ahí que cada noble se envaneciere de su nobleza⁵⁵. Insistiendo en el último factor aludido, llega a afirmar: "Por cada uno (español) que se emplee en un arte mecánica, habrá un sinnúmero que están prontos a cerrar sus tiendas por ir a las Asturias, o a las montañas, en busca de una ejecutoria"⁵⁶. Más adelante, precisando su pensamiento, expresa: "Uno de los motivos de la decadencia de las artes en España es, sin duda, la repugnancia que tiene todo hijo a seguir la carrera de su padre. . . . En este país cada padre

⁵³Quevedo: "España defendida, y los tiempos de ahora, de las calumnias de los noveleros y sediciosos" (1609).

⁵⁴Carta IV, ed. cit., pág. 21.

⁵⁵Carta III, ed. cit., pág. 16.

⁵⁶Carta XXI, ed. cit., pág. 65.

quiere colocar a su hijo más arriba, y si no, el hijo tiene buen cuidado de dejar a su padre más abajo; con cuyo método ninguna familia se fija en gremio alguno determinado de los que contribuyen al bien de la república por la industria, comercio o labranza, procurando todos, con increíble anhelo, colocarse por éste o por otro medio en la clase de los nobles menoscabando al Estado de lo que producirían si trabajaran.”⁵⁷

Toca aquí Cadalso un aspecto de gran importancia en la vida social de la España del XVIII: la universalidad del ideal nobiliario de vida, característica sobre la cual ya habían puesto énfasis importantes tratadistas hispánicos del pasado.⁵⁸

Esta aceptación general del ideal aristocrático adquirió forma, porque desde la colectividad no emergió otro ideal capaz de enfrentarlo. Además, porque en todas partes y en todos los tiempos los estilos de vida de los grupos dominantes han ejercido sobre las masas un poderoso atractivo. Tal ideal se forjó en España en el transcurso de la Edad Media. La secular lucha de la Reconquista hizo nacer una estirpe de guerreros imbuidos del sublime y acendrado concepto de cruzada y que despreciaban los trabajos manuales. Luego las inmensas posibilidades que ofreció la política imperial de los Habsburgos y la ilusión de prosperidad creada por el oro y la plata americanos intensificaron el estilo de vida caballeresco. Nobles e hidalgos tuvieron ocasión de conquistar fama y riqueza en Flandes, Italia e Indias. La hidalgüía se convirtió en la aspiración más alta del pueblo español, al extremo que los propios integrantes del estado llano aspiraban a ingresar en ella, circunstancia que contribuyó a darle al estamento noble una amplitud desmesurada.

En el censo de 1787, cerca de medio millón de españoles se declaraban nobles; en Francia, teniendo ésta más del doble de la población de España, una proporción mucho menor de ciudadanos reclamaban este derecho. Posteriormente, la cantidad disminuye pero a fines del XVIII siempre se mantiene sobre las cuatrocientas mil personas. Cadalso, con cruel ironía, y en

⁵⁷Carta XXIV, ed. cit. pág. 72.

⁵⁸De varios autores elijo como representativo a Saavedra Fajardo, el cual refiriéndose a la España de su época —primera mitad del siglo XVII— dice: “...falta la cultura de los campos, el ejercicio de las artes mecánicas, el trato y comercio a que no se aplica esta nación, cuyo espíritu altivo y glorioso (aun en la gente plebeya) no se quieta con el estado que le señaló la naturaleza, y aspira a los grados de nobleza, desestimando aquellas ocupaciones que son opuestas a ella. “Idea de un Príncipe político-cristiano representada en cien Empresas.” Empresa LXXI. Ed. Clásicos Castellanos de la Lectura, t. III, pág. 227.

forma por demás caricaturesca, comprueba el hecho cuando Gazel refiere a Ben-Beley —Carta XII— que habiendo esperado largo tiempo que su cochero le tuviera dispuesto su carruaje, recibió de éste como justificación de su atraso la siguiente explicación: “Aunque soy cochero, soy noble. Han venido unos vasallos míos y me han querido besar la mano para llevar este contento a sus casas; con que por esto me he detenido; pero ya despaché. ¿Adónde vamos?”.

Esta extensión extraordinaria de la clase nobiliaria hispánica se explica por la afición de los plebeyos a fundar mayorazgos, y las facilidades otorgadas para ello en dicha época. En el mayorazgo estribaba la consolidación económica de la familia noble. Merced a tal institución se aseguraba la transmisión hereditaria y la conservación perpetua de unos mismos bienes en un titular de la familia, lo que garantizaba la integridad del patrimonio. Los mayorazgos constituían, pues, el soporte económico estable de la aristocracia.

Ahora bien, en el curso de la edad moderna hasta las gentes de escasa fortuna pretendieron y realizaron su anhelo de fundar mayorazgos. Mayorazgos, naturalmente, de rentas exigüas “que condenaban a sus poseedores a un mediocre nivel económico, invitándoles a la ociosidad ostentosa, pero que satisfacían su vanidad, por asemejar en algo el tono nobiliario de vida.”⁵⁹

Al respecto, Jovellanos, que como pocos hombres de la Ilustración tuvo una comprensión muy clara de los problemas económico-sociales de España, expresa en su célebre “Informe sobre la Ley Agraria” que “desde el siglo XVI entraron, como en irrupción, a la hidalguía todas las familias que pudieron juntar una mediana fortuna.”⁶⁰

Así, una proporción muy grande de individuos del estado llano ingresaron en la nobleza. Estos mayorazgos cortos, es decir de escasa renta, daban margen a la ociosidad vanidosa y a que los hijos desdeñasen seguir la profesión de su padre. A esto hay que agregar en la España de la época moderna, la descalificación social del trabajo en oficios tenidos por viles. En aquella sociedad, eminentemente aristocrática, los oficios mecánicos eran considerados como civilmente deshonrosos. Hubo protestas tanto en los siglos XVI y XVII contra tan absurda circunstancia; no obs-

⁵⁹Palacio Atard, V.: “Los Españoles de la Ilustración”. Guadarrama. Madrid, 1964, pág. 57.

⁶⁰Jovellanos: “Informe sobre la Ley Agraria”, párrafo 200.

tante, en el XVIII todavía subsistía la discriminación del trabajo y la descalificación social de las artes mecánicas. Sólo el año 1783, Carlos III, mediante una real cédula —sobre cuya importancia y significación no es necesario insistir— devolvía la “honra legal” a todos los oficios, sin excepción.

El problema de la nobleza ociosa preocupó a la mayoría de los tratadistas españoles del setecientos. Ya Feijóo, a comienzos del siglo, se preguntaba: “¿Qué caso puedo yo hacer de unos nobles fantasmones, que nada hacen toda la vida, sino pasear por calles, abultar corrillos y comer la hacienda que le dejaron sus mayores?”⁶¹

Cadalso también se hace eco de esta reprobación a la nobleza improductiva —a su juicio factor importante de la decadencia económica de su patria— cuando se refiere a los “muchos millares de hombres que se levantan muy tarde . . . salen a la plaza . . . duermen la siesta . . . dan un paseo en el campo . . . rezan, cenan y se meten en la cama.”⁶²

A la inclinación tan generalizada hacia la nobleza —a la cual se ha hecho referencia— iba unida la del lujo, que, según definición de nuestro autor, consistía en la abundancia y variedad de las cosas superfluas a la vida. Por ser su consumo en España preponderantemente extranjero, estimaba Cadalso que las consecuencias de tal lujo eran graves; fenómeno que no hubiera ocurrido si él consistiera esencialmente en el uso o abuso de artículos nacionales. “Fomente cada pueblo el lujo que resulta de su mismo país y a ninguno será dañoso. No hay país —agrega— que no tenga alguno o algunos frutos capaces de adelantamiento y alteración. De estas modificaciones nace la variedad; ésta fomenta la industria y de ésta resulta el lujo ventajoso al pueblo, pues logra su verdadero objeto, que es el que el dinero físico de los ricos y poderosos no se estanque en sus cofres, sino que se derrame entre los artesanos y pobres.”⁶³

Aunque esta apología del lujo nacional no resulte muy convincente, hay una idea en el párrafo transcrita que merece subrayarse: el concepto de la importancia de la circulación de la riqueza en la economía de una nación, factor que a juzgar por el pensamiento del autor, no se llevaba a cabo en forma adecuada en la España de su época.

⁶¹Feijóo: “Teatro Crítico Universal”. XII, I, 1. “Honra y provecho de la agricultura”.

⁶²Carta LXXXV, ed. cit., págs. 211-212.

⁶³Carta XLI, ed. cit., pág. 107.

Igualmente pesimistas son sus juicios sobre la inferioridad de la industria española y su incapacidad de enfrentar con éxito la competencia de las manufacturas foráneas. "Por cada fanega de trigo y vara de paño o de lienzo que entra en España, ¡cuánto se vende de cadenas de reloj, vueltas de encajes, palilleros, abanicos, cintas, aguas de olor y otras de esta calidad!" —exclama. Para agregar a continuación: "No siendo el genio español dado a estas fábricas, ni la población de España suficiente para abastecerlas de obreros, es imposible que jamás compitan los españoles con los extranjeros en este comercio, que siempre será dañoso a España, pues la empobrece y la esclaviza al capricho de la industria extranjera . . ." ⁶⁴

He aquí la comprobación de un hecho innegable: el manifiesto retraso de la industria peninsular frente a la de las grandes naciones de Occidente, cuyo desarrollo tuvo Cadalso oportunidad de comprobar por sí mismo a través de sus reiterados viajes. "Las ventajas que llevan las fábricas extranjeras a las españolas son tantas —llega a decir— que no cabe que éstas desbanquen a aquellas" ⁶⁵. Comprobación, por otro lado, de una amarga realidad: la dependencia hispánica de la industria neoeuropea —inglesa y francesa fundamentalmente— que "empobrece y esclaviza" a la nación. Tal circunstancia, en opinión del autor de las "Cartas Marruecas", es de tal naturaleza, que resultará muy difícil superarla. Pues, según sus palabras, las fábricas "que se establecerán en adelante, y el fomento de las que, establecidas, cuestan a la Corona grandes desembolsos, no pueden resarcirse sino del producto de lo fabricado aquí, y esto siempre será a proporción más caro que lo fabricado fuera; con que lo de fuera siempre tendrá más despacho, porque el comprador acude siempre a donde, por el mismo dinero, halla más ventaja en la cantidad o calidad, o en ambas cosas." ⁶⁶ En suma, la manufactura nacional es más cara y de inferior calidad a la extranjera, por lo cual sus posibilidades de desarrollo y auge —por efecto de la competencia exterior— son muy problemáticas, a menos que dichas condiciones negativas pudieran ser subsanadas.

Por otro lado, era imprescindible modificar hábitos perniciosos y arraigados, como la manía de los acaudalados de la época de consumir y utilizar sólo productos foráneos en proporción

⁶⁴Carta XLI, ed. cit., págs. 107-108.

⁶⁵Carta XLI, ed. cit., pág. 108.

⁶⁶Carta XLI, ed. cit., pág. 108.

tal que todas sus actividades parecieran estar dirigidas a remitir fuera de la patria cuanto oro o plata estuviera en su poder (Carta XLI).

Todo esto, naturalmente, agregado a lo que ya referíamos, de los graves efectos del abandono y menosprecio de las artes mecánicas por la mayoría de la población, factor que había hecho la grandeza de otras naciones.

Dentro del panorama poco halagador de la España de su tiempo, dentro de esa visión de inquietante quebranto económico, una región —según Cadalso— constituye una excepción estimulante: el principado de Cataluña. No abriga la menor duda de ser “tal la utilidad de este principado, que por un par de provincias semejantes pudiera el rey de los cristianos trocar sus dos Américas. Más provecho redonda a su persona de la industria de estos pueblos que de la pobreza de tantos millones de indios”.⁶⁷

Este es, en síntesis, el pensamiento económico de Cadalso inserto en sus célebres “Cartas Marruecas”; sus reflexiones sobre el atraso económico de España y de las causas que a su juicio podrían explicarlo. Tales causas son, como puede deducirse del texto de las “Cartas”: las guerras, el desprecio por la industria, el afán de ennoblecerse, la inclinación al lujo, y la existencia de un estamento noble desmesuradamente amplio y no dedicado a labores productivas. Al insistir en tales factores, nuestro autor coincide en lo esencial con los tratadistas del siglo XVIII español: Feijóo, Campomanes, Jovellanos. Siendo, fundamentalmente, un literato, no podemos exigir de él un análisis económico amplio y profundo de la realidad nacional coetánea. Sin embargo, lo que interesa en última instancia es que su obra capital representa un espejo fiel de la sociedad del setecientos, a la cual es necesario recurrir para obtener una visión adecuada de tal centuria; que dicha obra confirma la preocupación absorbente del pensamiento español del XVIII por los problemas económico-sociales de España, y que escribe con inimitable sinceridad, expresando en todo instante los sentimientos de su alma dolorida ante el triste espectáculo de su patria otrora grande y poderosa, y entonces anquilosada y postrada.

Las “Cartas Marruecas” constituyen, en suma, un documento de alto valor para el conocimiento del vivir hispánico del XVIII. La crítica del autor a la sociedad de su época resulta no sólo estimable y meritoria, sino a la vez desconcertante, puesto que

⁶⁷Carta XLV, ed. cit., pág. 118.

es al mismo tiempo una defensa apasionada, una sátira que ridiculiza, y un escrito didáctico en que se mezclan la amonestación y el reproche.

Sin embargo, tal crítica —aun en sus momentos más amargos e incisivos— está guiada por los más nobles y depurados propósitos. Cadalso sufre al estar consciente de que España debe ser salvada de los males que la aquejan mediante un gran esfuerzo; empeño y meta al que todos están obligados y frente a los cuales nadie puede permanecer indiferente. “¿No crees que todo individuo está obligado a contribuir al bien de su patria con todo esmero?”, pregunta angustiado al lector⁶⁸. El hombre debe servir a su patria —agrega— “aun a costa de toda especie de disgusto. No basta ser bueno para sí y para otros pocos; es preciso serlo o procurar serlo para el total de la nación”.⁶⁹

Ante la evidencia de este imperativo social y moral, nuestro autor estima coadyuvar a esa magna obra, detectando y sacando a luz las dolencias del cuerpo social de la patria; pero también recalando, poniendo énfasis en sus virtudes, las que deben servir de fundamento a la empresa de reconstrucción de España. Cadalso está convencido de poseer cierta superioridad ética, debido a su indiscutible, sincero y auténtico patriotismo. Su afirmación de que su amor a su rey y a su patria son “dos cosas a que nadie me ha ganado hasta ahora”⁷⁰, muestra claramente ese autoconvencimiento a que hacemos referencia. Si alguien pretende desempeñar el papel de “censor de su país”, “para ejercer este oficio con algún respeto de parte del vulgo, necesita el que lo emprende hallarse limpio de los defectos que va a sensurar”⁷¹, manifiesta.

El autor de las “Cartas Marruecas” sentía dentro de sí mismo el heroísmo necesario y la preeminencia moral indispensable para ser el “censor” de España. De ahí que su crítica —mezcla de reconvención y alabanza— sea no sólo la excepción de un hombre de bien, sino también la de un genuino y vehemente patriota. En ello reside el valor permanente de la obra de Cadalso para una mejor comprensión de la sociedad española de las últimas décadas del XVIII.

De ahí que su lectura sea provechosa, cautivante y esclarecedora. No alcanza la altura de un Feijóo o un Jovellanos, no tiene la penetración, la agudeza, la amplitud de visión, ni

⁶⁸Carta LXX, ed. cit., pág. 175.

⁶⁹Carta LXX, ed. cit., pág. 176.

⁷⁰Carta VIII, ed. cit., pág. 35.

⁷¹Carta LXVI, ed. cit., pág. 157.

tuvo la influencia de aquéllos; pero, no cabe duda, que los iguala en cuanto a compenetración y conciencia —en ocasiones angustiosa— de la realidad problemática y trágica de la España del XVIII.

Puede decirse que escribió —más que como artista o pensador— acicateado por un anhelo muy hondo, vehemente e irresistible de contribuir a la tarea de reformar y salvar a su país, cuyo presente le parecía poco halagador, y su destino desesperantemente incierto.

Se sabe que murió en el campo de batalla de Gibraltar. Esa ofrenda de su vida en aras de la defensa de la patria revela con claridad abrumadora —a nuestro entender— el motivo profundo que lo llevó a escribir las “Cartas Marruecas”; y ése no es otro que un sentimiento de patriotismo del que, por lo depurado, vigoroso y constructivo, tenemos pocos ejemplos en las letras hispánicas del setecientos.

Por eso su obra es inapreciable testimonio de su época. Por eso fue admirada por muchos escritores de la célebre generación del 98, cuya disposición espiritual era muy semejante a la suya. Por eso, en fin, su obra no ha perdido vigencia, sino por el contrario, ha ganado en significación, y, estamos ciertos, los años venideros no harán otra cosa que acrecentarla, afirmarla y consolidarla en virtud de sus indudables valores.

Indiscutiblemente, vista desde la perspectiva señalada, la creación cadalsiana merece esa revalorización y enfatización en su relevancia literaria.